

CONTESTACIÓN  
DE  
DON CARLOS FELICE CARDOT

*Señor Director:  
Señores Académicos:*

El recuerdo de la fina personalidad de Augusto Mijares constituye patrimonio imperecedero no sólo de familiares y amigos sino de Venezuela, siempre ansiosa de valores morales que robustezcan su ser nacional, un tanto venido a menos por las circunstancias de los tiempos, más propicios a una vida llena de un materialismo que está minando los cimientos de nuestra propia identidad, que a una existencia que conlleve a altas y nobles tareas de espíritu creador.

Hemos escuchado con interés el elogio que ha hecho en esta memorable oportunidad el académico que viene a ocupar el sillón letra "L", vacante a la muerte de aquel notable hombre de pensamiento, y aun cuando poco podría agregar, no quiero dejar de decir algunas palabras en recuerdo de un amigo a quien tuve el honor de conocer por el año de 1935, en que Mijares, como Subdirector del Archivo Nacional, atendía, aconsejaba y guiaba a quienes íbamos a ese gran repositorio a realizar investigaciones. Era la oportunidad en que don Eloy González desempeñaba la dirección y, a su alrededor, ya al final de la mañana, muchas personas se reunían cerca de su mesa de trabajo para oír de sus labios el caudal inagotable de su extraordinaria conversación, llena de anécdotas y salpicada de gracia y elocuencia.

Recuerdo la descripción de una cacería de tigres contada por don Eloy, que tenía tanta plasticidad que parecía, de momentos, que uno estaba entre quienes ejercían la montería.

Mijares estaba a su lado no sólo celebrando y gozando de la descripción, sino también animando el diálogo con preguntas oportunas y comentarios llenos de agudeza.

Desde aquella fecha entablé amistad con Mijares, amistad que se robusteció especialmente en la década del cuarenta, época en que colaboraba en el Ministerio de Educación, al lado de nuestro eminente colega Arturo Uslar Pietri.

Cuando Mijares, con lujo de méritos, llegó a la cúspide de su carrera de educador al ocupar la cartera del ramo, tuve oportunidad de tener más trato con su persona, y me cupo el honor de tenerlo de huésped, por dos veces, en mi temporal hogar barquisimetano.

En ocasiones lo visitaba, especialmente cuando su residencia estaba en La Florida. Cuántas cosas le oí sobre el pasado y el presente venezolano. No sería aventurado pensar que el dolor y la angustia lo acosaban al observar el destino del país. A pesar de que había sostenido acerba crítica a escritores que juzgaban al país a base de una sociología pesimista, él mismo, por una serie de factores, tal vez tuvo que convencerse de que Venezuela parecía de momento que se acercaba a un *finis patrie*.

Exquisito espíritu, idealista sincero, un tanto agnóstico, su tesoro espiritual, además de su familia, lo llenaba la figura de Cristo Crucificado, escultura trisecular que presidía su hogar, y que Mijares con orgullo, solía mostrarla a sus amigos. Muchas veces nos acercamos reverentes ante su Cristo, y observamos la emoción de Mijares, al exponer detalles de su origen y de la expresión de la talla.

Y ese Cristo misericordioso, venerado por Mijares, sin duda velará en el más allá por su alma, y la conducirá y mantendrá junto al Padre, en el sitio de las supremas nivelaciones, como corresponde estar a un noble caballero y ejemplar ciudadano, que hizo de Venezuela su pasión favorita.

A su muerte fue llamado a ocupar en esta Academia el sillón letra "L" el doctor Tomás Polanco Alcántara, catedrático de la Universidad Central, jurista de equilibrada fama; diplomático efectivo durante un lustro; escritor y serio cultivador de la investigación histórica.

Polanco Alcántara nació en Caracas, el 25 de setiembre de 1927. En esta ciudad realizó su educación primaria, media y universitaria. La Universidad Central le otorgó el título de doctor en Ciencias Políticas.

Ha alternado su ejercicio profesional dilecto con el asesoramiento de empresas financieras y mercantiles nacionales de elevado rango y singular solvencia. Desempeñó, con decoro, la representación diplomática de nuestro país en Chile, España y los Organismos Especializados en Ginebra. En muchas oportunidades ha formado parte *ad honorem* de comisiones técnicas, asesoras del Gobierno en materias de su especialidad, y toda esta actividad, mantenida siempre con constancia y sin decaimiento, no le ha impedido producir obras jurídicas e históricas de sustantivo valor.

Larga es la producción intelectual del doctor Polanco; citaremos algunas: *Las Audiencias y Chancillerías Reales de Indias; La Administración Pública; Derecho Administrativo Especial; Las Formas Jurídicas de la Independencia; La Empresa Bancada y su Control; El Libertador y la Constitución de Angostura 1819; Seis Ciclos en dos Siglos de Historia Venezolana; Perspectiva Histórica Venezolana; Recuerdos de Ajuera; La Biblioteca de Miranda; Esquema de un nuevo Derecho; Validez de la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados; Estudio Jurídico-político sobre el proyecto de constitución para la República Boliviana; Simón Bolívar y la ordenación del Estadio en 1813; Gil Fortoul, una luz en la sombra...*

No pretendo hacer un estudio detallado, como lo merece la vasta producción intelectual del recipiendario. Sin embargo, quiero detenerme, antes de adentrarme en la materia a que se contrae su discurso de recepción, a dos obras que, de por sí, ponen de presente su versación en el campo de la historiografía nacional.

En primer lugar hilvanaré algunos escolios alrededor de su *Perspectiva Histórica de Venezuela*, obra que redactó en la oportunidad en que desempeñaba la jefatura de la misión diplomática en Chile, y a la fecha lleva ya cuatro ediciones. Sus meditaciones sobre nuestra, historia, a partir de una fecha cierta, la de la creación por Carlos III de la Intendencia, de la Capitanía General, y de la Real Audiencia, y la centralización en Caracas de las rentas, del mando militar y de la Administración de justicia, lo hizo llegar a la conclusión de que la historia de nuestro país, a partir del 1776, se puede dividir en seis grandes ciclos, de treinta años.

Los inicia en las últimas décadas del período colonial ya que en esta etapa se estructuraron las instituciones que fueron, lenta pero seguramente dándole a Venezuela la fisonomía de estado moderno, y ya al final, cuando muchos creían que había llegado el momento de que gozase de los honores de Virreinato, como México, Lima, Santa Fe y Buenos Aires, ocurrió algo más trascendental, el movimiento del 19 de abril de 1810 y con él, como dijo Bolívar, nació la Patria.

Los ciclos en que divide el doctor Polanco la historia de Venezuela están basados en una nítida concatenación del acontecer nacional, dentro de la perspectiva de lo que ocurría en el mundo occidental en todo orden de ideas: en la política, en la economía, en el arte, en las ciencias...

Y a fe que logra enlazar entre los "ciclos", y desarrollar, en cada gran etapa, hechos y situaciones si no semejantes, a lo menos de una estrecha vinculación. A este particular, los dos primeros, 1776-1810 y 1810 a 1830; el cuarto, que corresponde al predominio de Guzmán Blanco, iniciado en la Guerra Federal, y finalizado al cesar su influencia personal en el país; y el quinto, la etapa Castro-Gómez, están nítidamente fijados, y la urdimbre histórica, enlazada por hechos, situaciones y proyecciones. Respecto, al tercer "ciclo", es posible conseguir diferencias profundas entre la administración nacional en los primeros diez y seis años, caracterizada por gobiernos alternativos, respetuosos de las leyes e impulsores del progreso, dentro de la pobreza reinante, y la autocracia personalista que caracterizó la década siguiente.

En la que respecta al último, hay muchos hechos y situaciones en la larga época postgomecista hasta 1969, que parece imposible establecer analogías históricas, sino se procede a dividirlos en etapas, tal como lo ha hecho el autor.

La obra, fruto de meditación y de análisis del acontecer nacional, tiene una especial originalidad, o sea, el establecimiento de la vinculación de los sucesos históricos de Venezuela con lo que pasaba, acaecía o se desarrollaba en el alto mundo donde se ha movido, por siglos, la cultura occidental, en sus magistrados, en sus sabios, en el pensamiento de los filósofos, en el arte creativo de los grandes artistas... Si el panorama de la obra abarca a nuestro país, la perspectiva, aunque sintéticamente, es el mundo.

*Gil Fortoul, una luz en la sombra* obra publicada al despuntar el año 1979, constituye un extraordinario ensayo biográfico, en donde el doctor Polanco penetró en la vida del gran historiador y diplomático venezolano, y con acuciosidad y noble espíritu de justicia, pasa revista a la figura de aquel hombre, y con absoluta imparcialidad le levanta un monumento, que no lo destruirá el tiempo ni las circunstancias. La vida de Gil Fortoul, desde su nacimiento en tierras larenses, hasta su muerte en Caracas, es seguida con paciente curiosidad y observada y juzgada sensata y objetivamente, hasta presentar una imagen de excepción en Venezuela de todos los tiempos, tanto más cuanto le tocó dedicar lo más positivo de su vida al servicio de un país empobrecido, mutilado, en total decadencia. Pero en todo momento le sirvió con decoro, luchó Dará lograr mantener su integridad territorial, combatió en el Parlamento para tratar de modernizar nuestra decrepita legislación; quiso modificar y levantar, desde el Ministerio de Instrucción Pública, nuestra paralizada educación; dio al país una serie de obras de especial relevancia, singularmente su *Historia Constitucional*, y pudo soportar, con estoico valor, las críticas generalmente veladas, pero siempre duras, de sus adversarios, que no le perdonaron su grandeza. Pero el tiempo le ha dado la razón.

El doctor Polanco nos lleva de la mano y nos conduce certeramente por los senderos, algunas veces, no bien comprendidos de la vida de tan insigne venezolano. Después de leer esta apasionante biografía, solo espíritus de miras muy estrechas, continuarán en el error de imputarle a Gil Fortoul desatinos de los cuales otros fueron los culpables y actuaciones en donde estuvo ausente su patriotismo y alta responsabilidad. Por eso la historia constituye el verdadero crisol para medir y juzgar a quienes son actores de los grandes hechos de la humanidad. De los mediocres, envidiosos y soberbios, quedan apenas unas tenues referencias, muchas de ellas, para definir el pequeño o ningún acto de verdadera grandeza desarrollada en beneficio del país. Sobre Gil Fortoul el juicio histórico tendrá que ser —lo es ya— como el que caracteriza a un hombre justo y honrado, preocupado por la suerte de su país, en todas las manifestaciones del quehacer nacional. Y a esto ha contribuido, con su noble biografía, el nuevo académico.

Para recibirse en esta Academia, el doctor Polanco Alcántara ha preparado una monografía sobre *La negociación diplomática del Reconocimiento de Venezuela por España*, trabajo de cerca de trescientas cuartillas, de las cuales ha seleccionado unos acápites para ser leídos como discurso de recepción. Los hemos escuchado esta tarde con especial interés por la significación que tenía para Venezuela la solución de aquel serio *diferendo*, y el número de elevadas figuras que, por parte de nuestro país, intervinieron, desde el comienzo, y llevaron hasta el fin la negociación, ya desaparecido Fernando VII, monarca que por miopes razones, no podía facilitar la llegada de una salida airosa. Este había caracterizado el absolutismo, y bajo su reinado, el cruento proceso de la guerra de emancipación encendió las pasiones y estableció un profundo abismo entre vencidos y vencedores. Pero todo cambiaría a la muerte de aquel monarca, y la realidad política tenía que ser encarada por el Estado Español, y por su Parlamento, aunque éste expresase su voto favorable en medio de un silencio que iba a significar el fin, *de jure*, del imperio ultramarino; silencio lleno de interrogantes, pero que establecía un profundo cambio en el sistema, y el definitivo olvido de los sueños de grandeza que comenzaron a hacer crisis a mediados del siglo diecisiete con la firma, el 30 de enero de 1648 de la Paz de Westphalia, y constituía el reconocimiento que haría España de la independencia de de las Provincias Unidas, de sus adquisiciones territoriales ultramarinas y concretamente, del resquebrajamiento de su unidad imperial.

Ha pasado revista el nuevo académico a los venezolanos que intervinieron en el debate: unos indirectamente, y otros, en el centro mismo de las negociaciones. Las figuras de Mariano Mantilla y de Carlos Soublette, en primer lugar, próceres y hombres de inteligencia reposada y patriotismo a toda prueba; y en segundo momento la de Alejo Fortique, hábil negociador en Londres y en Madrid, quien logró, en primer lugar, la ampliación favorable en beneficio de Venezuela, del primigenio tratado de reconocimiento por parte de la Gran Bretaña y la posibilidad de un arreglo equilibrado en la cuestión de límites; arreglo este último en que el gobierno de Venezuela no estuvo muy de acuerdo, y por varios motivos no aprobó, lo que ha sido la causa de grandes trastornos y cuestan a nuestro país miles de kilómetros cuadrados. La obra diplomática de Fortique contrasta con la conducta y actitud que observó cuando era diputado al Congreso de 1830, cuya fogosidad e intemperancia llegó a los extremos más apasionados contra la figura y la obra del Libertador, vivo aún, pero agónico de alma y de cuerpo, ante la avalancha de dicerios de muchos de sus compatriotas. Fortique ya con entera madurez y reflexión, en edad, en conocimiento del mundo, en cultura y en patriotismo, prestó señalados servicios a Venezuela, los cuales no pueden olvidarse. El otro diplomático será don Fermín Toro, a quien tocará la realización del canje del Tratado, fallecido el general Rafael Urdaneta, escogido, por razones muy poderosas, como el plenipotenciario que ejercería tal función. Su muerte dejó el campo libre a Toro quien realizó su cometido con el brillo y decoro que fue una constante de su vida.

Por todos esos personajes nos conduce el nuevo académico. La labor de Fortique, quien obtiene, finalmente, el reconocimiento, fue tan rápida, pues llegó a Madrid el 24 de febrero de 1845, e inicia las conversaciones y ya el 30 de marzo está firmado el Tratado. Pero no se hubiera producido con tanta celeridad, si antes no allanan el camino los plenipotenciarios Montilla y Soublette, y si Fortique no hubiese sido un hombre de singular cultura y un diplomático dotado de especiales atributos personales e intelectuales para llevar a feliz término el largo y necesario proceso. El Congreso venezolano le dio rápidamente la aprobación bajo el malicioso silencio de Antonio Leocadio Guzmán.

Las dotes de aquel venezolano fueron no sólo reconocidas en su tierra —no siempre justa con sus hijos— sino que los negociadores ingleses y españoles, —altas figuras de la diplomacia mundial—, no tuvieron sonrojo en reconocer sus méritos, y lo consignaron en notas que constituye un testimonio de significación para nuestro ilustre compatriota. Un destacado colega de esta casa, erudito historiador de nuestra diplomacia, doctor Rafael Armando Rojas, ha dedicado páginas de gran significación sobre Fortique a las cuales se suman ahora las del doctor Polanco Alcántara. Fortique fue una de las más notables figuras de la diplomacia venezolana; como Rafael Seijas años después, encarna uno de los más brillantes personajes de nuestros negocios exteriores que ha pasado por el despacho de la Cancillería. Venezuela está en deuda con este jurista y eminente hombre, quien ocupó, al ser fundada esta Academia, un sillón de número, como lo ocupó también en la Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española.

Fortique asumió la responsabilidad total de las modalidades del Tratado. "Yo no soy, dijo, tan falto de patriotismo que por no exponerme a un desaire dejase de hacer una cosa útil a mi Patria que tal vez mañana no podría hacerse". Pensaba, sin duda, en el Tratado firmado en Bogotá por don Santos Michelena con don Lino de Pombo y rechazado por el Congreso, e intuyó los males irreparables que este rechazo iría a producir.

El Tratado con España tuvo mejor fortuna y un apoyo total en el Congreso. El tiempo, supremo juez de la historia, ha dicho su palabra. La reconciliación con España, especialmente por parte de Venezuela, en donde la guerra despertó mayores odios y fue causa de su ruina general, constituía una visible necesidad; tanto mayor porque nuestro país es poseedor de extensas costas y de un río estratégico, que podía atraer las envidiosas miradas de países anhelosos de expansiones territoriales o de puntos claves en la seguridad mundial de la época.

El trabajo del doctor Polanco es un capítulo muy importante de nuestra historia diplomática y, en cierto modo, es el epinicio de un grupo de hombres de estado, doblados, algunos de ellos, en brillantes diplomáticos, que "crearon" para aplicar un vocablo del académico Rojas, la diplomacia venezolana.



La generación de la independencia, y la que fue continuadora de ésta, se realizó en plenitud. La Patria contó con hombres que desarrollaron su ingenio y aptitudes, y pusieron al servicio de aquella toda su inteligencia y honradez. Muchos se hicieron de la nada, por una completa autoeducación, pero lograron obtener en el servicio, óptimos frutos. Venezuela tuvo un período de esplendor cuando ya pasada la época del *vivac* comenzó su organización interna, su estructuración de moderno estado, y el reconocimiento y afianzamiento de éste, en la comunidad internacional. Nuestros diplomáticos, improvisados muchos de ellos, contribuyeron al prestigio de que estuvo gozando el país después de su independencia.

El modestísimo desarrollo agrícola y pecuario, el malestar experimentado con tantos trastornos internos, su nulo desarrollo industrial, su pobreza, en fin, y la deficiente administración del erario público, hizo que a partir de la mitad del pasado siglo —y con el solo paréntesis de la administración Guzmán Blanco— el panorama cambiara, y de un país que había sido considerado como estable y serio, se observase sólo un permanente estado de anarquía, de salvajismo, de depredaciones sin cuento. Faltaron hombres en la dirección pública, como los que corporizaron la generación de la independencia y la que le siguió; así como diplomáticos que sentaran las bases de una política internacional, que inicia Simón Bolívar, y la continúan Antonio José de Sucre, Pedro Gual, José Rafael Revenga, Pedro Briceño Méndez, Santos Michelena, Mariano Montilla, Carlos Soubllette, Alejo Fortique, Fermín Toro... De momento aparece una luz entre tantas sombras, pero la opacan la maledicencia de los mediocres y de los resentidos.

Por eso el desarrollo de las relaciones internacionales en la hora actual, conduce a serias reflexiones, especialmente cuando observamos la labor de los viejos diplomáticos. Parece que es un mal preocupante del siglo que está pidiendo un cambio radical en el manejo de asuntos tan trascendentales.

Sí los "legados" primero, y los "embajadores" después, tienen vieja data en la historia de la humanidad, fue en Viena, en el Congreso reunido para la restauración de la Europa postnapoleónica, cuando se va a definir su misión, y a fijar sus funciones y prerrogativas. Se trata de una diplomacia bilateral. La multilateral tiene su génesis en los tratados de Münster y de Osnabrück, en Westphalia, (1648), cuando los plenipotenciarios de varios estados se reúnen para arreglar una serie de problemas, entre otros, los derivados de la Guerra de los Treinta Años y la emancipación de las Provincias Unidas.

Pero los acontecimientos de este siglo, especialmente las dos grandes conflagraciones mundiales, cambiarían el panorama de la diplomacia bilateral, para afianzar la multilateral. La Liga de las Naciones, en primer lugar, y luego las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos, así como otras de tipo hemisférico o regional, establecerían vínculos de variada especie entre los países proclives al abandono, casi por inoperante, de las funciones de las misiones permanentes. Y si a esto se agrega que la rapidez de las comunicaciones pone en contacto inmediato a los jefes de estado o a los rectores de la política internacional, y se establecen las bases de convenios, generalmente con el desconocimiento de los respectivos embajadores, que son los primeros que se avergüenzan ante la situación que se ha creado a sus espaldas; y generalmente no se les toma en cuenta, ni para la firma de un convenio, ni para su canje, ni para el simple acto protocolar de la inauguración de una obra donada por un país al otro, ni para otro acto similar e intrascendente, porque en esas oportunidades, con el pretexto de poner de manifiesto la "fraternal amistad", el jefe de la cancillería, en compañía de un grupo de personalidades, se hacen presentes para una ceremonia que sólo debe competir al representante diplomático permanente. Por eso, parafraseando al novelista francés, parece que estamos viviendo el "fin de las Embajadas".

Además, descartando el peligro que representa en la actualidad el cargo de Embajador, otra circunstancia hace aún más difícil el ejercicio cabal de las funciones propias, o sea, lo desasistido que se encuentran fuera de sus países, y el poco estímulo que merecen de sus superiores y que en ocasiones, en las oportunidades en que viajan, algo así como a rendir cuentas, o a "consultas", se regresan con la pena de no ser recibidos por el titular de la Cartera, y para que un funcionario de menor jerarquía lo haga es preciso que sufran la humillación de muchas antesalas. Muchos jefes de la diplomacia se mantienen en viajes permanentes, sobrecargando de gastos el erario público, pero con la ilusión y la esperanza de que están de continuo, evitando conflictos, o arreglando los existentes, o rompiendo las tensiones o levantando el prestigio de sus países. Vana ilusión. Mientras tanto, los sufridos diplomáticos estarán en la expectativa de ver cómo habrá de materializarse esa labor de sus superiores, y a no pocos, en las comisuras de sus labios, les aparecerá la sonrisa irónica, al observar tanto esfuerzo incumplido.

Y doloroso es, sin duda, para el diplomático, que además de todo lo dicho anteriormente, no se lean sus propios informes, muchos de ellos de importancia para el país, por su objetividad y por los aspectos positivos que señala. Y esto es un mal muy generalizado en la comunidad internacional que conduce a pensar que ya no existe interés en que sean remitidos. En un país situado en innoto continente, un Embajador cansado de que no se le diera solución a asuntos que planteaba con acuciante interés y perseverancia, y observando que se le acusaba recibo con exacta puntualidad de las notas que remitía, y se le felicitaba por su contenido, pero no se le solucionaban los problemas que planteaba, resolvió enviar uno, pero en forma mutilada, imposible de ser interpretado. A los pocos días se le acusó recibo del documento con palabras que podían colmar la vanidad de cualquier funcionario. Constituía la palmaria comprobación de la anómala situación. Pero el jefe de la misión tuvo que viajar a su patria y al ser recibido, le entregó al titular de la cartera las páginas que faltaban, advirtiéndole que así podía leer con más comodidad el informe. Cuál fue la reacción del Ministro...Se supone que no ha debido quedar muy lucido. Sus continuos viajes para poner en "alto" el nombre del remoto país; sus gestiones en la negociación de tratados de dudosa trascendencia; la inauguración de residencias, de calles, avenidas, exposiciones, monumentos, y su reunión con la "grandeza mundial" en el corazón de un desierto asiático, para evocar el áureo período de esplendor de un imperio desaparecido, no le dieron el tiempo y el reposo requerido para afrontar los problemas de su "casa" y para velar, a la luz de una lámpara eléctrica, con serena tranquilidad, de lo que verdaderamente debe constituir la inquietante problemática de su país de origen.

El discurso del nuevo académico pone de presente un momento estelar de nuestra diplomacia. Cuando al negociador se le impartían sus instrucciones, y éste con su talento y patriotismo, realizaba la labor. No estaba interferido por la telefonía a larga distancia, ni por el télex, ni por el avión. Las comunicaciones eran lentas, pero el negociador, dentro de la flexibilidad de toda negociación, sopesaba los problemas, estudiaba el presente y avizoraba las consecuencias en el porvenir. Diplomáticos de la etapa inicial de nuestra vida republicana, realizaron una labor casi heroica.

El nuevo académico lo ha puesto de manifiesto en el trabajo que ha presentado para recibirse como Individuo de Número, y al saludarlo con amistoso compañerismo, saludo en él al ciudadano de méritos que ha servido a la República en cargos de especial responsabilidad, al hombre de conducta recta, al educador ejemplar y al jurista e historiador que ha dado a la cultura venezolana obras de especial aliento.

Bienvenido, señor, a la Academia Nacional de la Historia.